

SAN PEDRO DE ALCANTARA
REFORMADOR DE LA ORDEN FRANCISCANA
(1499 - 1562)

TRATADO DE LA
ORACIÓN
Y MEDITACIÓN

Serie
Grandes Maestros
nº 9

APOSTOLADO MARIANO
Recadero, 44
41003-SEVILLA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
CIENTÍFICAS Y TECNOLÓGICAS
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID

TRATADO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN

1992
Cátedra de Filosofía
n.º 9

Con Licencia Eclesiástica.

Déposito Legal: B-40.265-91

ISBN.: 84-7770-223-3

Impreso en España - Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

A fines del siglo XV gobernaba la ciudad de Alcántara un magistrado llamado Alonso Garavito. Este nobilísimo varón era asimismo sabio jurisconsulto. Con la dignidad de su vida y excelente administración y gobierno, corrían parejas su caridad con los pobres y protección de sacerdotes y religiosos. Se casó con una virtuosa y noble doncella, doña María de Sanabria y Maldonado.

De tan ejemplar matrimonio nació, el año de 1499, un niño a quien llamaron Juan. Otro hijo, llamado García, murió en la cuna, y a poco falleció también cuando Don Alonso no tenía aún diez años. Su madre se casó entonces con un varón no menos noble, Alfonso Barrantes.

Ya en su niñez empezó Juan Garavito a dar señales de las eminentes virtudes que había de practicar durante toda su vida. Siendo de diez años de edad, rezaba largas oraciones mañana y tarde, hincado de rodillas en el oratorio de su casa. Su madre le supo infundir grande afecto a la Reina de los Angeles. Merced a su natural manso y pacífico y a su raro y vivo ingenio, se ganó el cariño de cuantos le trataban. Era su mayor gozo rezar en las iglesias; cada tarde, al volver de la escuela, entraba en alguna para cumplir sus devociones. En una de estas visitas quedó tan profundamente arrebatado en espíritu, que el criado que le buscaba no pudo ni con signos ni con palabras hacerle volver en sí.

Estudiante ejemplar - Francisca

Viendo Alfonso Barrantes los notables progresos del niño en el estudio, determinó hacerle seguir cursos superiores, y así, el año 1513 le envió a la Universidad de Salamanca.

Juan se hospedó en casa de una honrada familia cerca de la iglesia. Se acostumbó a levantarse temprano y pasaba orando toda la mañana hasta la hora de ir a cátedra. En las comidas gustaba ya de observar la abstinencia y mortificación de que dará más tarde asombroso ejemplo. Con visitar a los enfermos de los hospitales y tratar con los eclesiásticos, tenía bastante recreo y descanso. Cada tarde examinaba su conciencia y, siendo estudiante, usaba ya cilicios, disciplinas y otras asperezas.

Huía con extremado cuidado de las malas compañías; evitaba escrupulosamente las conversaciones frívolas, y, sobre todo, se señalaba entre los estudiantes por su modestia y compostura, virtud esta que practicó siempre con extraordinaria perfección.

Dos años llevó el virtuoso joven este modo de vida, pidiendo a Dios sin cesar que le mostrase el camino de su voluntad. Inspirado del cielo, determinó consagrar totalmente su vida al Señor. El año 1515, siendo de dieciséis años de edad, entró en los Franciscanos Descalzos reformados por Juan de Guadalupe y conocidos con el nombre de Frailes del Santo Evangelio o de la Capucha. No había a la sazón, conventos donde se observase más rigurosamente la regla seráfica.

El Padre Miguel Rocco, pariente del Santo, era por entonces Guardián del Convento de los Majarretes. El postulante dejó secretamente la casa paterna, sin otro alimento que la sagrada Eucaristía, que recibió al salir de Alcántara. Llegó en esto a orillas de un río, crecidísimo con las lluvias; ni había puente, ni podía vadearse con barca por la fuerza de la riada. Empezó el Santo a rogar a Dios, y, de repente, sin ver ni entender quién que le llevabase halló a la otra orilla con los pies enjutos. Prosiguió el viaje en ayunas, y llegó al convento de los Majarretes, situado en las escabrosidades que separan a Extremadura de Portugal.

El Padre Guardián tuvo aquello en un principio por una

calaverada del muchacho; pero sondeando la conciencia de su pariente se convenció de que aquella determinación estaba inspirada del cielo y así le dio de buena gana el hábito franciscano. Desde ese día mudó su nombre por el de fray Pedro, seguido del de su ciudad natal de Alcántara, como suele hacerse en la Orden. En el tiempo de su noviciado, le atormentó el demonio con tentaciones sin cuento; pero con las armas de su ardiente fé, encendido amor de Dios, oración y mortificación, logró salir victorioso de todas.

Superior a los veinte años

Desde el primer día resolvió no mirar a nada ni a nadie sin absoluta necesidad. Pasaba por todas partes con los ojos bajos y el espíritu enteramente absorto en Dios; empleaba la inteligencia para meditar cosas celestiales, y la memoria para recordar y considerar los divinos misterios. Pasado el año de noviciado, no sabía si el techo de su celda era de cielo raso o de teja vana; tampoco miró nunca la bóveda de la iglesia del convento. Vivió cuatro años en otra casa de la Orden sin ver un árbol plantado en el patio. Tenía tan prodigiosa memoria, que no necesitaba abrir los ojos para rezar el oficio, y se sabía de memoria la Sagrada Escritura. Desempeñó con extraordinario celo los humildes oficios del noviciado; fue sacristán y enfermero, y aún le ocuparon en tareas harto duras y pesadas; en todas se mostró ejemplar novicio.

Profesó al acabar el año y le enviaron al convento de Belvís; dos años permaneció allí viviendo como solitario en una choza que se arregló él mismo con ramas y hojas. Tanto resplandecía su virtud que, aún antes de recibir los sagrados órdenes, los superiores le empleaban en oficios y ministerios delicadísimos, y sus mismos compañeros le consultaban como a Padre espiritual. Por entonces empezó a trabar amistad con el conde de Oropesa, sobrino del Padre administrador del convento de Belvis y más adelante insigne bienhechor y fundador de la Estrechísima Observancia.

Siendo de sólo veinte años, el Capítulo de la Custodia o provincia de Extremadura le nombró Guardián del recién fundado

convento de Badajoz. Allí tuvo el primer éxtasis de su vida. Pronto se echó de ver el espíritu de profecía y la fuerza sobrenatural con que el Señor le había favorecido. De ello traen los historiadores testimonios irrecusables.

En 1522, le ordenaron de subdiácono con mucha repugnancia suya, por el bajo concepto que de sí tenía. A los dos años, no obstante su deseo de permanecer diácono a ejemplo de San Francisco, recibió el sacerdocio de manos del obispo de Badajoz. Cada vez que celebraba lo hacía con mucha devoción, y, a menudo, quedaba arrebatado en éxtasis.

Mandólo el Provincial que predicase hallándose él presente, y fray Pedro lo hizo con tanto acierto, ingenio, espíritu y ortodoxia, que ya por aquel primer sermón se echó de ver el maravilloso fruto que obraría con la predicación. Estas admirables prendas que sólo mostró por obediencia, fueron parte para que le nombrasen Guardián del convento de Nuestra Señora de los Angeles de Robledillo. Era de los más pobres monasterios de la Orden, tanto que ni había claustro. Pero poco importaba esto al Guardián, que delante de todos los frailes recibía de mano de los ángeles el sustento de su comunidad, cuando faltaban las limosnas de los fieles.

Misionero.- Doctor místico

Tres años después, el Padre Provincial le envió a predicar como misionero a la provincia de Extremadura. El Santo dejó el convento de Robledillo, llevando consigo sólo una cruz y los santos Evangelios. Allí renovó las prodigiosas conversiones de los primeros Apóstoles. Al oírle, se conmovían las gentes y las almas se convertían al Señor. Hacía fabricar cruces de madera y, llevandolas él sobre sus hombros, las colocaba en lugares eminentes y cumbres de los montes, adonde subía acompañado de mucha gente. El Capítulo general del año 1537 otorgó al celoso misionero lo que más deseaba: dióle licencia para retirarse y hacer vida eremítica en el convento de San Onofre de Lapa.

Aquí escribió más tarde el Tratado de la Oración, y recibió entre otras visitas, la del venerable y sin par escritor fray Luis

de Granada. El Tratado de la Oración se publicó el año 1561; la doctrina es tan sublime, que el papa Gregorio XV dijo al beatificar al autor el año de 1623: Fué "luz resplandeciente para llevar las almas al cielo, y poseía doctrina celestial dictada por el Espíritu Santo; es el doctor e ilustre maestro de la teología mística". Entre los libros ascéticos, el Tratado de la Oración es, efectivamente uno de los más prácticos y excelentes.

Poco tiempo permaneció Pedro en su amada soledad. Los superiores le sacaron de ella para que defendiese, ante el obispo de Plasencia, una causa judicial importantísima para la nueva provincia de San Gabriel. Aquí, como luego en Alcántara, apaciguó los ánimos y convirtió los corazones con sabiduría y elocuencia. Su vida fue tejido de milagros de que dieron fe testigos oculares, y que aún siguieron después de su muerte.

El rey de Portugal Juan III, deseó ver y hablar a tan eminente religioso. Por orden de los superiores Pedro hubo de pasar a Lisboa; el monarca se deshizo en honras y agasajos, pero el Santo llevó en aquella corte vida tan penitente como en el convento; y aprovechó su estancia en la capital para convertir a algunos señores principales y fundar el hospital de Nuestra Señora de la Luz.

Dá principio a la reforma franciscana

El Capítulo de los Observantes Descalzos celebrado en Alburquerque el año de 1538, eligió Provincial a fray Pedro de Alcántara. Desempeñando este cargo, emprendió la fundación de la Reforma, añadiendo a la regla de los Franciscanos de la Observancia mayor severidad y algunos ejercicios que la dejaban mudada o poco menos, en nueva regla.

El Papa Alejandro IV permitió fundar conventos de Recoletos, o frailes que podían darse a la contemplación y algo también a los ministerios sagrados, aunque con mayor reserva y recogimiento. El nuevo Provincial preparó el plan de la Reforma y lo presentó al Capítulo celebrado en Plasencia el año de 1540. Pronto pudo fundar tres conventos.

Tuvo que interrumpir, sin embargo, la obra de tres fundaciones

para asistir al nuevo Capítulo general convocado en la ciudad de Mantua. Partió el Santo a pie; pero obligado por una enfermedad, tuvo que pararse en Barcelona. El General de los Franciscanos accedió a la petición de fray Pedro, y nombró por entonces al Padre Luis Carvajal, Visitador de la provincia de San Gabriel, con cargo de Comisario general.

Apenas curado, partió el Santo para el convento de La Arrábida, cerca de Lisboa, en un paraje desierto y sobre una peña cortada a pico a orillas del mar. En él vivían algunos frailes que se habían propuesto volver a la primitiva observancia. El Comisario general fue el primer maestro de novicios. Aquí echaron de ver los frailes que dormía el Santo apenas hora y media cada noche, sentado en los talones o del todo arrodillado, pero nunca acostado. La comida que tomaba, sólo cada dos o tres días, bastábale apenas para no morir de hambre. También advirtieron que sólo tenía una túnica remendada, y que siempre andaba descalzo, sin sandalias y con la cabeza cubierta; nunca le vieron calentarse. Este fue su modo de vida por espacio de cuarenta y cinco años.

Absoluta pobreza reinaba en los conventos reformados por Pedro de Alcàntara, y aún los mismos edificios parecen hoy incapaces para alojar personas. Era tan rigurosa la abstinencia, que sólo cocinaban un día cada semana. El cocinero que solía cocer ese día buena calderada de hortalizas, y los demás días tomaba de la olla y calentaba la ración necesaria para la comida. Demasiado sabroso le parecía al santo reformador aquel frugal sustento; por eso, a lo que él le daban, solía mezclar agua o ceniza para dejarlo insípido.

Entre tanto, seguía predicando con grande fruto de las almas. El emperador Carlos V, que vivía retirado en el monasterio de Yuste desde el año 1556, tuvo noticia de la santidad del siervo de Dios y le mandó llamar para hacerle su confesor; pero el Santo no quería honras, sino desprecios, y así logró que el monarca desistiera de su propósito. Estaba a la sazón atareadísimo poniendo los fundamentos de una reforma todavía más austera con licencia del papa Julio III, a quién habló en Roma el año de 1555.

Levantáronse persecuciones, pero las venció fray Pedro con su

humildad, paciencia y confianza en Dios. Merced a la liberalidad de un generoso bienhechor, pudo edificar su primer convento cerca del Pedroso, cuna de nuevas y preclaras glorias de la Orden Franciscana. El triunfo y progresos de aquella empresa quedaron asegurados cuando el General de la Orden nombró a fray Pedro Comisario general de la Reforma. Desde ese día, trabajó para que se fundasen en España conventos de Clarisas reformadas por Santa Coleta. Algunas religiosas vinieron de la ciudad de Gante, llamadas por la infanta doña Juana, hija de Carlos V.

Mas no sólo dentro de la familia franciscana, sino también fuera de ella, extendió este admirable siervo de Dios los beneficios de su celo y experiencia. Fue el colaborador de la seráfica madre Santa Teresa de Jesús, y verdadero Padre de la Reforma del Carmen, porque San Juan de la Cruz entró en la Orden, muerto ya San Pedro de Alcántara.

Ayuda a Santa Teresa a la reforma

El año de 1560 y en Avila, vió el Santo por vez primera a la futura reformadora; una virtuosa viuda llamada Guiomar de Ulloa, ofreció a la insigne Carmelita este inefable consuelo en medio de sus trabajos y sinsabores. El Franciscano conoció luego la santidad de aquella alma privilegiada. Habló al obispo de Avila y le descubrió el tesoro que en ella tenía el Carmelo de su ciudad episcopal. Alentó a la santa Madre a la fundación de conventos de la Reforma; escribió prudentísimos avisos y consejos para ayudarle a llevar a cabo la empresa; defendió a la Reformadora ante los superiores eclesiásticos; en suma, lo llevó todo con tanta cordura y prudencia, que la Reforma del Carmen llegó a ser un hecho a los pocos años.

Muchas veces reveló Dios a la santa Madre la eminente santidad del Padre espiritual que le había dado; tuvo una aparición en la que vio a San Pedro de Alcántara diciendo misa; se la ayudaban San Francisco de Asís y San Antonio de Padua. Otra vez Santa Teresa y otras siervas de Dios vieron cómo Jesucristo en persona partía la comida que estaba en la mesa y se la daba al Santo.

El año de 1561 señaló el triunfo definitivo de la Reforma de la Estrechísima Observancia, que fue erigida en Provincia por el papa Pio IV. y cuyas Constituciones son tales que asustan con sólo leerlas. Reglas severísimas aseguran la práctica de la pobreza; el número de ornamentos y vasos sagrados, así como las dimensiones de las distintas partes de los conventos, estaban clara y cuidadosamente limitados.

La Reforma quedaba con esto fundada. En breve se dilató por España, América, y por todo el mundo. Glorias de ella fueron San Pascual Bailón, patrón de las Obras eucarísticas; San Leonardo de Puerto Mauricio, insigne misionero y apóstol del Vía Crucis; San Juan de la Cruz, los Beatos Andrés Hybernon y Gil de San José. Hijos de San Pedro de Alcántara son también cinco de los veintiséis gloriosos mártires crucificados en el Japón el 4 de febrero de 1597, el Beato Juan de Prado, quemado vivo en Marruecos el 24 de mayo de 1636, el Beato Buenaventura de Barcelona y el Venerable Juan Bautista de Borgoña.

Esta fue la obra de San Pedro de Alcántara; en ella puso todo su empeño, y los frutos fueron tan extraordinarios y copiosos, que hasta ha sido considerado como fundador, puesto que en la basílica de San Pedro se halla su estatua entre la de los santos Fundadores de Ordenes.

La Reforma subsistió hasta el año 1897, en que León XIII ordenó la unión de las distintas familias hijas de la Observancia franciscana, que se agruparon con el nombre de "Franciscanos".

No obstante sus enfermedades y achaques, fue el Santo varias veces a Toledo para consolar a algunas familias afligidas; también estuvo en El Tiemblo para ayudar a la reforma del convento de Carmelitas, y en Avila, por la misma causa. Empezó después de la visita general de sus monasterios y fundó otros dos conventos. En este viaje alcanzó con sus oraciones el término de la peste que diezaba a la ciudad de Alburquerque.

Muerte santísima

Hallándose el Santo en la visita general de sus conventos, tuvo que interrumpir el viaje. Padecía tales dolores y estaba tan desfallecido, que fuele menester viajar en un jumento en vez de ir a pie, como lo había hecho siempre. Estaba entonces en el convento de San Juan Bautista de Viciosa. El conde de Oropesa le llamó a su palacio para que en él descansase; fray Pedro aceptó por no poder menos, y allí llegó montado en un pobre asno.

No quiso acostarse en la cama que le tenían preparada, sino en una que le hicieron sobre unas tablas; con todo, obedeció al médico que le asistía, y tomó los alimentos y remedios por él prescritos. Sin embargo de todos los cuidados se agravó su mal sobremanera, y como el Santo deseaba morir entre sus religiosas, se hizo llevar a su convento de Arenas, a pesar de las instancias del conde. El Guardián lo trasladó a una casita perteneciente a los frailes y distante una legua del convento. Era tan pobre aquella casucha, que no había en ella con qué decir misa.

El viernes 16 de octubre, lo pasó el santo enfermo en oración. Toda la noche, estuvo meditando la Pasión y disponiéndose al Viático, que recibió de rodillas. Luego quedó abstraído en altísima contemplación delante de su Crucifijo. A las cuatro de la madrugada del domingo pidió y recibió la Extremaunción. Ofrecieronle un vaso de agua para calmar algún tanto el ardor de la calentura que le consumía; el Santo lo aceptó, pero mirando al Crucifijo, devolvió el vaso sin haber bebido gota, diciendo: "¡Oh; Dios mio! Vos también padecisteis sed en vuestra agonía".

Llegada ya la hora de su muerte, llamó a los religiosos y también San Juan Evangelista, a quien tuvo siempre afectuosa devoción. Finalmente, hincado de rodillas y puestos los brazos en cruz, expiró al tiempo que entonaba el salmo CXXI: "'Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Dómini íbimus". "'Me alegré con lo que me dijeron: iremos a casa del Señor". Murió a las seis de la mañana del domingo 18 de octubre de 1562. A esa hora, tuvo Santa Teresa, en Avila,

revelación de la muerte del Santo y de la grande gloria de que gozaba en el cielo.

El funeral fue una manifestación de triunfo. Obró el Señor muchos milagros en el pobre sepulcro del Santo, que se halla en la capilla del convento de Arenas. Beatificó a este insigne Santo el papa Gregorio XV, en 1622, y le canonizó Clemente IX en 1669. El mismo Sumo Pontífice señaló el día 19 de Octubre para su fiesta en la Orden seráfica, y Clemente XI la extendió a la Iglesia entera el 16 de abril de 1701.

Se invoca especialmente a San Pedro de Alcántara como protector de los niños, por los muchos milagros que en ellos ha obrado. Para consagrar los pequeñuelos a este Santo, se les lee sobre la cabeza el Evangelio de San Juan: In principio era Verbrum, como solía él hacerlo.

TRATADO DE LA ORACION

por

SAN PEDRO DE ALCANTARA

Fray Pedro de Alcántara es autor de unos libros pequeños de oración, que ahora se tratan mucho, porque como quien la había ejercitado escribió harto provechosamente... (Santa Teresa. V.30,2)

TRATADO DE LA ORACION Y MEDITACIÓN

**COMPUESTO
POR EL PADRE FRAY PEDRO DE ALCÁNTARA
FRAILE MENOR DE LA ORDEN
DEL BIENAVENTURADO SAN FRANCISCO, DIRIGIDO
AL MUY MAGNÍFICO Y MUY DEVOTO
SEÑOR RODRIGO DE CHAVES
vecino de Ciudad Rodrigo**

Muy magnífico y muy devoto señor:

Nunca yo me moviera a recopilar este breve tratado, ni a consentir que se imprimiese, si no fuese por las muchas veces que vuestra merced me mandó que escribiese alguna cosa de oración, breve y compendiosa, y con claridad, cuyo provecho fuese más común pues siendo de pequeño volumen y precio,

aprovecharía a los pobres, que no tienen tanta posibilidad para libros más costosos, y escribiéndose con más claridad, aprovechara a los simples, que no tienen tanto caudal de entendimiento. Y pareciéndome, que no es de menor mérito obedecer en este caso a quien pide cosa tan piadosa y santa, que el fruto que se pueda sacar de ella, quise poner en ejercicio tan santo mandamiento, bien certificado, que para mí no puede este pequeño trabajo dejar de ser de provecho, si la mucha afición y voluntad que tengo al servicio de V.M. y de la señora Doña Francisca vuestra compañera, no menos ligada con vuestra merced con el vínculo de la caridad y amor en Jesucristo nuestro Bien, que con el del matrimonio, no me lleva alguna parte del merecimiento. Aunque sí es verdad (como o es) que todo el bien que hacen nuestros hermanos, de que nos gozamos los cristianos, resulta en mérito particular del que se huelga, bien podré yo decir *Quod particeps sum devotionis vestrae*, y de todas vuestras buenas obras, pues como hijos muy queridos en el Señor (que así quiero llamar a vuestras mercedes), pues me tenéis por Padre, nunca ha faltado la pobreza de mi doctrina e industria de ayudar a la riqueza de vuestros santos propósitos y altos pensamientos. Y habiendo leído muchos libros acerca de esta materia, de ellos en breve he sacado y recopilado. Plegue al Señor que así aproveche a todos los que le buscan, pues no es para los demás, y que consiga vuestra merced el interés espiritual de su buen deseo, y yo el de su buena voluntad; todo a honra y gloria de Jesucristo nuestro Bien, cuyo es todo lo que es bueno.

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Del fruto que se saca de la oración y meditación

Porque este tratado breve habla de oración y meditación, será bien decir en pocas palabras el fruto que de este santo ejercicio se puede sacar, porque con más alegre corazón se ofrezcan los hombres a él.

Notoria cosa es que uno de los mayores impedimentos que el hombre tiene para alcanzar su última felicidad y bienaventuranza, es la mala inclinación de su corazón, y la dificultad y pesadumbre que tiene para bien obrar; porque a no estar ésta de por medio, facilísima cosa le sería correr por el camino de las virtudes y alcanzar el fin para que fue criado. Por lo cual dijo el Apóstol¹ : *Huélgome con la ley Dios, según el hombre interior; pero siento otra ley e inclinación en mis miembros, que contradice a la ley de mi espíritu. Y me lleva trás sí cautivo a la ley del pecado.* Esta es, pues, la causa más universal que hay de todo nuestro mal. Pues para quitar esta

1. Rom., VII, 23.

pesadumbre y dificultad y facilitar este negocio, una de las cosas que más aprovechan es la devoción. Porque (como dice Santo Tomás) no es otra cosa devoción sino¹ *una prontitud y ligereza para bien obrar*, la cual despidе de nuestra ánima toda esa dificultad y pesadumbre y nos hace prontos y ligeros para todo bien. Porque es una refección espiritual, un refresco y rocío del cielo, un soplo y aliento del Espíritu Santo y un afecto sobrenatural; el cual, de tal manera regla, esfuerza y transforma el corazón del hombre, que le pone nuevo gusto y aliento para las cosas espirituales, y nuevo disgusto y aborrecimiento de las sensuales. Lo cual nos muestra la experiencia de cada día, porque al tiempo que una persona espiritual sale de alguna profunda y devota oración., allí se le renuevan todos los buenos propósitos; allí son los favores y determinaciones de bien obrar; allí el deseo de agradar y amar a un Señor tan bueno y dulce como allí se le ha mostrado, y de padecer nuevos trabajos y asperezas, y aún derramar sangre por El; y, finalmente, reverdece y se renueva toda la frescura de nuestra alma.

Y si me preguntas por qué medios se alcanza ese poderoso y tan notable afecto de devoción, a esto responde el mismo santo doctor diciendo: que por la meditación y contemplación de las cosas divinas; porque de la profunda meditación y consideración de ellas redunda este afecto y sentimiento en la voluntad, que llamamos devoción, el cual nos incita y mueve a todo bien. Y por eso es tan alabado y encomendado este santo y religioso ejercicio de todos los santos; porque es medio para alcanzar la devoción, la cual, aunque no es más que una sólo virtud, nos habilita y mueve a todas las otras virtudes, y es como un estímulo general para todas ellas. Y si quieres ver cómo esto es verdad, mira aún cuán abiertamente lo dice San Buenaventura (en *De vita Christi*) por estas palabras:

Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias de esta vida, seas hombre de oración. Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración. Si quieres mortificar tu propia voluntad con todas sus aficiones y apetitos, seas hombre de oración. Si quieres

1. 2º., quest. 82, art. 10; 2. quest. 83, 3, 1º

*conocer las astucias de Satanás, y defenderte de sus engaños, seas hombre de oración. Si quieres vivir alegremente y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oración. Si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oración. Si la quieres sustentar con la grosura de la devoción y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oración. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, seas hombre de oración. Finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios y plantar en su lugar las virtudes, seas hombre de oración; porque en ella se recibe la unción y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas. Y además de esto, si quieres subir a la alteza de la contemplación y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oración porque éste es el camino por donde sube el ánima a la contemplación y gusto de las cosas celestiales. ¿Ves, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración? Y para prueba de todo lo dicho (dejado aparte el testimonio de las Escrituras Divinas), esto basta agora por suficiente probanza que habemos oído y visto, y vemos cada día muchas personas simples, las cuáles han alcanzado todas estas cosas susodichas y otras mayores mediante el ejercicio de la oración. Hasta aquí son palabras de San Buenaventura. Pues ¿qué tesoro, qué tienda se puede hallar más rica, ni más llena que ésta?. Oye también lo que dice a este propósito otro muy religioso y santo Doctor¹, hablando de esta misma virtud: *En la oración (dice él) , se alimpia el ánima de los pecados, apaciéntase la caridad, certífcase la fè, fortalécese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, purífcase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios, y en ella no faltan centellas vivas de deseos del cielo, entre los cuáles arde la llama del divino amor. ¡Grandes son las excelencias de la oración! ¡Grandes son sus privilegios! A ella están abiertos los Cielos. A ella se descubren los secretos, y a ella**

1. SAN LORENZO JUSTINIANO, *In Ligno vitae: De oratione*, cap. 2.

están siempre atentos los oídos de Dios. Esto basta ahora para que en alguna manera se vea el fruto de este santo ejercicio.

CAPÍTULO II

De la materia de la meditación

Visto de cuánto fruto sea la oración y meditación, veamos ahora cuáles sean las cosas que debemos meditar. A lo cual se responde, que por cuanto este santo ejercicio se ordena a criar en nuestros corazones amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, aquélla será más conveniente materia de este ejercicio que más hiciere a este propósito. Y aunque sea verdad que todas las cosas criadas y todas las espirituales sagradas nos muevan a esto; pero, generalmente hablando, los misterios de nuestra fé, que se contienen en el Símbolo, que es el Credo, son los más eficaces y provechosos para esto. Porque en él se trata de los beneficios divinos, del juicio final, de las penas del Infierno y de la gloria del Paraíso, que son grandísimos estímulos para mover nuestro corazón al amor y temor de Dios, y en él también se trata la Vida y Pasión de Cristo nuestro Salvador, en la cual consiste todo nuestro bien. Estas dos cosas señaladamente se tratan en el Símbolo, y éstas son las que más ordinariamente rumiamos en la meditación, por lo cual con mucha razón se dice que el Símbolo es la materia propísima de este santo ejercicio, aunque también lo será para cada uno lo que más moviere su corazón al amor y temor de Dios.

Pues, según esto, para introducir a los nuevos y principiantes

en este camino (a los cuales conviene dar el manjar como digesto y masticado), señalaré aquí brevemente dos maneras de meditaciones para todos los días de la semana, unas para la noche, y otras para la mañana, sacadas por la mayor parte de los misterios de nuestra fé, para que así como damos a nuestro cuerpo dos refecciones cada día, así también las demos al ánima, cuyo pasto es la meditación y consideración de las cosas divinas. De estas meditaciones, las unas son de los Misterios de la Sagrada Pasión y Resurrección de Cristo, y las otras de los otros Misterios que ya dijimos. Y quien no tuviere tiempo para recogerse dos veces al día, a lo menos podrá una semana meditar unos Misterios y otra los otros, o quedarse con solos los de la Pasión y Vida de Jesucristo (que son los más principales), aunque los otros no conviene que se dejen a principio de la conversión, porque son más convenientes para este tiempo, donde principalmente se requiere temor de Dios, dolor y detestación de los pecados.

Siguense las primeras siete meditaciones para los días de la semana

El lunes

Este día podrás entender en la memoria de los pecados, y en el conocimiento de ti mismo, para que en lo uno veas cuántos males tienes, y en lo otro cómo ningún bien tienes que no sea de Dios, que es el medio por donde se alcanza la humildad madre de todas las virtudes.

Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, especialmente en aquellos que hiciste en el tiempo que menos conocías a Dios. Porque si lo sabes bien mirar, hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil, que no sabe qué cosa es Dios.

Discurre, pues, brevemente por todos los diez mandamientos mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar alterados por los siete pecados mortales, y verás que ninguno de ellos

hay en que no hayas caído muchas veces, por obra o por palabra o pensamiento.

Lo segundo, discurre por todos los beneficios divinos, y por los tiempos de la vida pasada; y mira en qué los has empleado; pues de todos ellos has de dar cuenta a Dios. Pues dime ahora, ¿en qué gastaste la niñez? ¿En qué la mocedad? ¿En qué la juventud? ¿En qué, finalmente, todos los días de la vida pasada? ¿En qué ocupaste los sentidos corporales y las potencias del ánima que Dios te dió para que lo conocieses y sirvieses? ¿En qué se emplearon tus ojos, sino ver la vanidad? ¿En qué tus oídos, sino en oír la mentira, y en qué tu lengua, sino en mil maneras de juramentos y murmuraciones, y en qué tu gusto, y tu oler, y tu tocar, sino en regalos y blanduras sensuales? ¿Cómo te aprovechaste de los Santos Sacramentos, que Dios ordenó para tu remedio? ¿Cómo le diste gracias por sus beneficios? ¿Cómo respondiste a sus inspiraciones? ¿En qué empleaste la salud y las fuerzas, y las habilidades de la naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna, y los aparejos y oportunidades para bien vivir? ¿Qué cuidado tuviste de tu prójimo, que Dios te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con él? ¿Pues qué responderás en aquel día de la cuenta, cuando Dios te diga¹ : *Dame cuenta de tu mayordomía, y de la cuenta que te entregué; porque ya no quiero que trates más en ella?* ¡Oh árbol seco y aparejado para los tormenyos eternos! ¿Qué responderás en aquel día, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida y de todos los puntos y momentos de ella?

Lo tercero, piensa en los pecados que has hecho y haces cada día, después que abriste más los ojos al conocimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en ti Adán con muchas de las raíces y costumbres antiguas. Mira cuán desacatado eres para con Dios, cuán ingrato a sus beneficios, cuán rebelde a sus inspiraciones, cuán perezoso para las cosas de su servicio, las cuales nunca haces ni con aquella presteza y diligencia, ni con aquella pureza de intención que debías, si no por otros respetos e intereses del mundo.

1. Lc., XVI,

Considera cuán duro eres para con el prójimo, y cuán piadoso para contigo, cuán amigo de tu propia voluntad, y de tu carne, y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira cómo todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones y conversaciones y risas y parlerías. Mira cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsiderado en tus palabras, cuán desproveído en tus obras, y cuán cobarde y pusilánime para cualesquier graves negocios.

Lo cuarto, considera ya por este orden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad de ellos, para que veas cómo por todas partes es crecida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada, conviene a saber: *Contra quién pecaste, por qué pecaste y en qué manera pecaste*. Si miras contra quién pecaste, hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas del mar; mas, ¿por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interés y muchas veces sin interés; por sola costumbre y desprecio de Dios. Mas ¿en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor y a veces con tanta facilidad y contentamiento, como si pecaras contra un Dios de palo, que ni sabe ni ve lo que pasa en el mundo. ¿Pues ésta era la honra que se debía a tan alta Majestad? ¿Éste es el agradecimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la Cruz, y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por ti? ¡Oh miserable de ti por que lo perdiste, y mucho más por lo que hiciste, y muy mucho más si con todo esto no sientes tu perdición! Después de esto, es cosa de grandísimo provecho detener un poco los ojos de la consideración en pensar tu nada; esto es, cómo de tu parte no tienes otra cosa más que nada y pecado, y cómo todo lo demás es de Dios; porque claro está que así los bienes de naturaleza como los de gracia (que son los mayores), son todos suyos; porque suya es la gracia de la predestinación (que es la fuente de todas las otras gracias), y suya la de la vocación, y suya la gracia concomitante, y suya la gracia de la per-

severancia, y suya la gracia de la vida eterna. Pues ¿qué tienes, de qué te puedes glorias, sino de nada, y pecado? Reposa, pues, un poco en la consideración de esa nada, y pon esto sólo a tu cuenta, y todo lo demás a la de Dios, para que clara y palpablemente veas quién eres tú y quién es Él; cuán pobre tú cuán rico Él, y, por consiguiente, cuán poco debes confiar en ti y estimar a ti, y cuánto confiar en Él, amar a Él y gloriarte en Él.

Pues consideradas todas estas cosas arriba dichas, siente de ti lo más bajamente que te sea posible. Piensa que no eres más que una cañavera, que se muda a todos vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad y sin ninguna manera de ser. Piensa que eres un Lázaro de cuatro días muerto, y un cuerpo hediondo y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan se tapan las narices y los ojos para no verlo. Parézcate que de esta manera hiede delante de Dios y de sus ángeles, y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes y del aire que recibes

Derríbate con aquella pública pecadora a los pies del Salvador, y cubierta tu cara de confusión con aquella vergüenza que padecería una mujer delante de su marido cuando le hubiese hecho traición, y con mucho dolor y arrepentimiento de tu corazón pídele perdón de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien volverte a recibir en su casa.

El Martes

Este día pensarás en las miserias de la vida humana para que por ella veas cuán vana sea la gloria del mundo y cuán digna de ser menospreciada, pues se funda sobre tan flaco cimiento como esta tan miserable vida; y aunque los defectos y miserias de esta vida sean casi innumerables, tú puedes ahora señaladamente considerar estas siete.

Primeramente, considera cuán breve sea esta vida, pues el más largo tiempo de ella *es de setenta u ochenta años, porque todo*

lo demás (si algo queda, como dice el Profeta) ¹ *es trabajo y dolor*, y si de aquí se saca el tiempo de la niñez, que es más vida de bestias que de hombres, el que se gasta durmiendo, cuando no usamos de los sentidos ni de la razón (que nos hace hombres) hallaremos ser aún más breve de lo que parece. Y si sobre todo esto lo comparas con la eternidad de la vida venidera, apenas te parecerá un punto. Por donde verás cuán desvariados son los que por gozar de este soplo de vida tan breve se ponen a perder el descanso de aquella que para siempre ha de durar.

Lo segundo, considera cuán incierta sea esta vida (que es otra miseria sobre la pasada), porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que ese poco que hay de vida no está seguro, sino dudoso. Porque ¿cuántos llegan a esos setenta u ochenta años que dijimos? ¿A cuántos se corta la tela en comenzándose a tejer? ¿Cuántos se van en flor (como dicen), o en agraz? No *sabéis* (dice el Salvador)² *cuándo vendrá vuestro Señor, si a la mañana, si al medio día, si a la media noche, si al canto del gallo.*

Aprovechate ha, para mejor sentir esto, acordarte de la muerte de muchas personas que habrás conocido en este mundo, especialmente de tus amigos y familiares, y de algunas personas ilustres y señaladas, a las cuales salteó la muerte en diversas edades, y dejó burlados todos sus propósitos y esperanzas.

Lo tercero, piensa cuán frágil y quebradizo sea esta vida, y hallarás que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es, pues un aire, un sol, un jarro de agua fría, un vaho de un enfermo, basta para despojarnos de ella, como parece por las experiencias cotidianas de muchas personas, a las cuales en lo más florido de su edad basta para derribar cualquier ocasión de las sobredichas.

Lo cuarto, considera cuán mudable es y cómo nunca permanece en un mismo ser. Para lo cual debes considerar cuánta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca permanecen en una misma salud y disposición, y cuánto mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar alterados con di-

1. Ps. LXXXIX, 10.

2. Mc., XIII, 35.

versos vientos y olas de pasiones y apetitos y cuidados que a cada hora nos perturban y, finalmente, cuántas seas las mudanzas que dicen de la fortuna, que nunca consiente mucho permanecer, ni en un mismo estado, ni en una misma prosperidad y alegría las cosas de la vida humana, sino siempre rueda de un lugar a otro. Y, sobre todo esto, considera cuán continuo sea el movimiento de nuestra vida, pues día y noche nunca para, sino siempre va perdiendo de su derecho. Según esto, ¿qué es nuestra vida sino una candela, que siempre se está gastando, y mientras más arde y resplandece, más se gasta?¹: *¿Qué es nuestra vida, sino una flor que abre a la mañana y al medio día se marchita, y a la tarde se seca?*

Pues por razón de esta continua mudanza, dice Dios por Isaías²: *Toda carne es heno, y toda la gloria de ella es como la flor del campo.* Sobre las cuales palabras dice San Jerónimo³: *Verdaderamente, quien considerare la fragilidad de nuestra carne, y cómo en todos los puntos y momentos de tiempo crecemos y decrecemos, sin jamás permanecer en un mismo estado, y cómo esto que ahora estamos hablando, trazando y escudriñando, se está quitando de nuestra vida, no dudará llamar a nuestra carne heno, y toda su gloria como la flor del campo.* El que ahora es niño de teta, súbitamente se hace muchacho, y el muchacho, mozo, y el mozo muy pronto llega a la vejez, y primero se halla viejo que se maraville de ver cómo ya no es mozo. Y la mujer hermosa, que llevaba tras sí las manadas de los mozuelos locos, muy presto descubre la frente arada con arrugas, y la que antes era amable, de ahí a poco viene a ser aborrecible.

Lo quinto, considera cuán engañosa sea (que por ventura es lo peor que tiene, pues a tantos engaña, y tantos y tan ciegos amadores lleva tras sí), pues siendo fea nos parece hermosa, siendo amarga nos parece dulce, siendo breve, a cada uno la suya, le parece larga, y siendo tan miserable, parece tan amable, que no hay peligro ni trabajo a que no se pongan los hombres

1. *Iob, XIV, 2.*

2. *Is., XL, 6.*

3. *Super Isai., XL, 6.*

por ella, aunque sea con detrimento de la vida perdurable, haciendo cosas por donde vengan a perder la vida perdurable.

Lo sexto, considera cómo además de ser tan breve, etc. (según está dicho), eso poco que hay de vida está sujeto a tantas miserias, así del ánimo como del cuerpo, que todo ello no es otra cosa sino un valle de lágrimas y un piélago de infinitas miserias. Escribe San Jerónimo que Jerjes, aquel poderosísimo rey que derribaba los montes y allanaba los mares, como se subiese a un monte alto a ver desde allí un ejército que tenía juntado de infinitas gentes, después que lo hubo bien mirado, dice que se paró a llorar. Y preguntado por qué lloraba, respondió¹: *Lloro porque de aquí a cien años no estará vivo ninguno de cuantos allí veo presentes. ¡Oh si pudiésemos* (dice San Jerónimo) *subirnos a alguna atalaya, que dende allá pudiésemos ver toda la tierra debajo de nuestros pies! Dende ahí verías las caídas y miserias de todo el mundo, y gentes destruidas por gentes, y reinos por reinos. Verías cómo a unos atormentan, a otros matan; unos se ahogan en la mar, otros son llevados cautivos. Aquí verías bodas, allí llanto; aquí matar unos, allí morir otros; unos abundan en riquezas, otros mendigar. Y finalmente verías no solamente el ejército de Jerjes, sino a todos los hombres del mundo que ahora son, los cuales de aquí a pocos días acabarán.* Discurre por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos y por todas las aflicciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay, así en todos los estados como en todas las edades de los hombres, y verás aún más claro cuántas sean las miserias de esta vida, pues que viendo tan claramente cuán poco es todo lo que el mundo puede dar, más fácilmente menosprecies tanto lo que hay en él.

A todas estas miserias sucede la última, que es morir, la cual, así para lo del cuerpo como para lo del ánimo, es la última de todas las cosas terribles; pues el cuerpo será en un punto despojado de todas las cosas, y del ánimo se ha de determinar entonces lo que para siempre ha de ser.

Todo esto te dará a entender cuán breve y miserable sea la glo-

1. *Ad Eliodoro*, Epis. 60, núm. 18, tomo 1º.

ria del mundo (pues tal es la vida de los mundanos sobre que se funda) y, por consiguiente, cuán digna sea ella de ser hollada y menospreciada.

El miércoles

Este día pensarás en el paso de la muerte, que es una de las más provechosas consideraciones que hay, así para alcanzar la verdadera sabiduría como para huír del pecado, como también para comenzar con tiempo a aparejarse para la hora de la cuenta.

Piensa, pues, primeramente, cuán incierta es aquella hora en que te ha de saltar la muerte, porque no sabes en qué día, ni en qué lugar, ni en qué estado te tomará. Solamente sabes que has de morir, todo lo demás está incierto; sino que ordinariamente suele sobrevenir esta hora al tiempo que el hombre está más descuidado y olvidado de ella.

Lo segundo piensa en el apartamiento que allí habrá, no sólo entre todas las cosas que se aman en esta vida, sino también entre el ánima y el cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama, ¿cuánto mayor será el destierro universal que todas las cosas de la casa, y de la hacienda, y de los hijos, y de esta luz y aire común, y, finalmente, de todas las cosas? Si un buey da bramidos cuando lo apartan de otro buey con quien araba ¿qué bramido será el de tu corazón cuando te aparten de todos aquellos con cuya compañía trajiste a cuestas el yugo de las cargas de esta vida?

Considera también la pena que el hombre allí revive cuando se le representa en lo que han de parar el cuerpo y el ánima después de la muerte, porque del cuerpo ya sabe que no le puede caber otra suerte mejor que un hoyo de siete pies de largo en compañía de los otros muertos; mas del ánima no sabe cierto lo que será, ni qué suerte le ha de caber. Ésta es una de las mayores congojas que allí se padecen: saber que hay gloria y pena para siempre, y estar tan cerca de lo uno y de lo otro, y no saber cuál de estas dos suertes tan desiguales nos ha de caber.

Tras esta congoja se sigue otra no menor, que es la cuenta que

allí se tiene de dar, la cual es tal que hace temblar aún a los más esforzados. De Arsenio se escribe que estando ya para morir empezó a temer. Y como sus discípulos le dijeren: *Padre, y tú ahora temes. Respondió: Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él.* Allí, pues, se le representan al hombre todos los pecados de la vida pasada como un escuadrón de enemigos que vienen a dar sobre él, y los más grandes y en qué mayor deleite recibió, éstos se representan más vivamente y son causa de mayor temor. ¡Oh, cuán amarga es allí la memoria del deleite pasado, que en otro tiempo parecía más dulce! Por cierto, con mucha razón, dijo el Sabio¹: *No mires al vino cuando está rubio y cuando resplandece en el vidrio su color, porque aunque el tiempo del beber parece blando, mas a la postre muerde como culebra y derrama su ponzoña como basilisco.* Éstas son las heces de aquel brebaje ponzoñoso del enemigo; éste es el dejo que tiene aquel cáliz de Babilonia por de fuera dorado. Pues entonces el hombre miserable, viéndose cercado de tantos acusadores, comienza a temer la tela de este juicio y a decir entre sí: Miserable de mí, que tan engañado he vivido y por tales caminos he andado, ¿qué será de mi obra en este juicio? Si San Pablo dice² *que lo que el hombre hubiere sembrado, eso cogerá, yo que ninguna otra cosa he sembrado, sino obras de carne, ¿qué espero coger de aquí sino corrupción?* Si San Juan dice³ *que en aquella soberana ciudad, que es todo oro limpio, no ha de entrar cosa sucia, ¿qué espera quien tan sucia y tan torpemente ha vivido?*

Después de esto suceden los sacramentos de la Confesión y Comunión y de la Extremaunción, que es el último socorro con que la Iglesia nos puede ayudar en aquel trabajo, y así en éste como en los otros debes considerar las ansias y congojas que allí el hombre padecerá por haber vivido mal, y cuánto quisiera haber llevado otro camino, y qué vida haría entonces si le diesen tiempo para eso, y cómo allí se esforzará a llamar a Dios, y los dolores y la prisa de la enfermedad apenas le darán lugar.

1. Prov., XXIII, 31, 32.

2. Gal., VI, 8.

3. Apoc., XXI, 27.

Mira también aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensajeros de la muerte, cuán espantosos son y cuán para temer. Levántase el pecho, enroquécese la voz, muérense los pies, hiélanse las rodillas, afílense las narices, húndense los ojos, párase el rostro difunto, y luego la lengua no acierta a hacer su oficio; final mente, con la gran prisa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos pierden su valor y su virtud. Mas, sobre todo, el ánima es la que allí padece los mayores trabajos, porque allí está batallando y agonizando, parte por la salida y parte por el temor de la cuenta que se le apareja; porque ella, naturalmente, rehúsa la salida y ama la estada y teme la cuenta.

Salida ya el ánima de la carne, aún te quedan dos caminos por andar, el uno acompañando el cuerpo hasta la sepultura, y el otro siguiendo el ánima hasta la determinación de su causa, considerando lo que a cada una de estas partes acaecerá. Mira, pues, cuál queda el cuerpo después que su ánima la desampara, y cuál esa noble vestidura que le aparejan para enterrarlo, y cuán presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiento con todo lo que él pasará, el doblar de las campanas, el preguntar todos por el muerto, los oficios y cantos dolorosos de la Iglesia, el acompañamiento y sentimiento de los amigos, y, finalmente, todas las particularidades que allí suelen acaecer hasta dejar el cuerpo en la sepultura, donde quedará sepultado en aquella tierra de perpetuo olvido.

Dejado el cuerpo en la sepultura, vete luego en pos del ánima y mira el camino que llevará por auqella nueva región, y en lo que, finalmente, parará, y cómo será juzgada. Imagina que estás ya presente en este juicio, y que toda la corte del cielo está aguardando el fin de esta sentencia, donde se hará el cargo y el descargo de todo lo recibido hasta el cabo de la agujeta. Allí se pedirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir, y sobre todo de la sangre de Cristo, y allí será cada uno juzgado según la cuenta que diere de lo recibido.

El jueves

Este día pensarás en el Juicio final, para que con esta consideración se despierten en tu ánimo aquellos dos tan principales afectos que debe tener todo fin cristiano, conviene a saber: *temor de Dios y aborrecimiento del pecado*.

Piensa, pues, primeramente, cuán terrible será aquel día en el cual se averiguaran las causas de todos los hijos de Adán, y se concluirán, los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser. Aquel día abrazará en sí los días de todos los siglos presentes, pasados y los venideros, porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos y en él derramará la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos. Pues que tan arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso río de la indignación divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña, cuantos pecados se han hecho desde el principio del mundo.

Lo segundo, considera las señales espantosas que precederán a este día, porque (como dice el Salvador¹) antes que venga este día habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas, y, finalmente, en todas las criaturas del cielo y de la tierra. Porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan, y se estremecerán y comenzarán a caer primero que caigan. Mas los hombres, dice, andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por aquello las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo con tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, antes de la muerte muertos y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus propios temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno, aunque nadie bastará para sí solo.

Lo tercero, considera aquel diluvio universal de fuego que vendrá delante del juez, y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el Arcángel para convocar todas las generaciones del mundo a que se junten en su lugar y se hallen presentes en jui-

1. *Lc.*, XXI, 11, 55.

cio; y, sobre todo, la majestad espantable con que ha de venir el Juez.

Después de esto considera cuán estrecha será la cuenta que allí a cada uno se pedirá. *Verdaderamente --dice Job--¹ no podrá ser el hombre justificado si se compara con Dios.* Y si se quiere poner con Él en juicio, de mil cargos que le haga no le podrá responder a solo uno. Pues ¿qué sentirá entonces cada uno de los malos, cuando entre Dios con él en este examen, y allá dentro de su conciencia diga así?: *Ven acá, hombre malo, ¿qué viste en mí, porque así me despreciaste y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te crié a mi imagen y semejanza. Yo te di la lumbre de la fe, y te hice cristiano, y te redimí con mi propia sangre. Por tí ayuné, caminé, velé, trabajé y sudé gotas de sangre. Por tí sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonras, tormentos y cruz. Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen; testigos estas llagas de pies y manos, que en mi cuerpo quedaron; testigos el cielo y la tierra, delante de quien padecí. ¿Pues qué hiciste de esa ánima tuya, que yo con mi sangre hice mía; en cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? ¡Oh, generación loca, adúltera! ¿por qué quisiste más servir a ese enemigo tuyo con trabajo, que a mí, tu Redentor y Criador, con alegría? Llaméos tantas veces, y no me respondisteis; toqué a vuestras puertas, y no despertasteis; extendí mis manos en la cruz, y no lo mirasteis; menospreciasteis mis consejos y todas mis promesas y amenazas; pues decid ahora vosotros, ángeles; juzgad vosotros, jueces, entre mi, y mi viña, ¿qué más debí yo hacer por ella de lo que hice?* ² ¿Pues qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron más cuenta con las leyes del mundo que con la de Dios, los que a todas sus voces estuvieron sordos, a todas sus inspiraciones insensibles, a todos sus mantamientos rebeldes y a todos sus azotes y beneficios, ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no había Dios, y los que con nin-

1. Job, III, 3.

2. Is., V.

guna ley tuvieron cuenta, sino con sólo su interés? *¿Qué haréis los tales --dice Isaías¹-- en el día de la visitación y calamidad que os vendrá de lejos? ¿A quién pediréis socorro, y qué os aprovechará la abundancia de vuestras riquezas?*

Lo quinto, considera, después de todo esto, la terrible sentencia que el Juez fulminará contra los malos, y aquella temerosa palabra que hará reteñir las orejas de quien le oyere: *Sus labios --dice Isaías²-- están llenos de indignación, y su lengua es como fuego que traga.*

¿Qué fuego abrasará tanto como aquellas palabras³ : Apartaos de mí, malditos, al fuego perdurable que está aparejado para Satanás y para sus ángeles? En cada una de las cuales palabras tienes mucho que sentir y que pensar, en el apartamiento, en la maldición, en el fuego, en la compañía y, sobre todo, en la eternidad.

El viernes

Este día meditarás en las penas del infierno, para que con esta meditación también se confirme más tu ánimo en el temor de Dios y aborrecimiento del pecado.

Estas penas, dice San Buenaventura, se deben imaginar debajo de algunas figuras y semejanzas corporales que los santos nos enseñaron. Por lo cual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno (según él mismo dice) como un lago oscuro y tenebroso, puesto debajo de la tierra, o como un pozo profundísimo lleno de fuego, o como una ciudad espantable y tenebrosa, que toda arde en vivas llamas, en la cual no suena otra cosa sino voces y gemidos de atormentadores y atormentados, con perpetuo llanto y crujir de dientes.

Pues en este malaventurado lugar se padecen dos penas principales: la una que llaman de *sentido* y la otra de *daño*. Y cuanto a la primera, piensa cómo no habrá allí sentido alguno dentro ni fuera del ánimo que no esté penando con su propio tor-

1.*Is.*, X, 3.

2. *Is.*, XXX, 27.

3.*Mt.*, XXV, 45.

mento, porque así como los malos ofendieron a Dios con todos sus miembros y sentidos y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará el que cada uno de ellos pene con su propio tormento y pague su merecido. Allí los ojos adúlteros y deshonestos padecerán con la visión horrible de los demonios. Allí las orejas que se dieron a oír mentiras y palabras torpes, oirán perpetuas blasfemias y gemidos. Allí las narices amadoras de perfumes y olores sensuales, serán llenas de intolerable hedor. Allí el gusto que se regalaba con diversos manjares y golosinas, será atormentado con rabiosa hambre y sed. Allí la lengua murmuradora y blasfema será amargada con hiel de dragones. Allí el tacto amator de regalos y blanduras, andará nadando en aquellas heladas, dice Job, del río, Cocyto¹, y entre los ardores y llamas del fuego. Allí la imaginación padecerá con la aprensión de los dolores presentes; la memoria, con la recordación de los placeres pasados; el entendimiento, con la representación de los males venideros, y la voluntad, con grandísimas iras y rabias que los malos tendrán contra Dios. Finalmente, allí se hallarán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar, porque, como dice San Gregorio², *allí habrá frío que no se pueda sufrir, fuego que no se pueda apagar, gusano inmortal, hedor intolerable, tinieblas palpables, azotes de atormentadores, visión de demonios, confusión de pecados y desesperación de todos los bienes*. Pues dime ahora; si el menor de todos estos males que hay acá se padeciese por muy pequeño espacio de tiempo, sería tan recio de llevar, ¿qué será padecer allí e un mismo tiempo toda esta muchedumbre de males en todos los miembros y sentidos interiores y exteriores, y esto no por espacio de una noche sola, ni de mil, sino de una eternidad infinita? ¿Qué sentidos? ¿Qué palabras? ¿Qué juicio hay en el mundo que pueda sentir ni encarecer esto como es?

Pues no es ésta la mayor de las penas que allí pasan: otra hay sin comparación mayor, que es la que llaman los teólogos *pena de daño*, la cual es haber de carecer para siempre de la vista de Dios y de su gloriosa compañía, porque tanto es mayor una pe-

1. Job, XXI, 33.

2. Lib. 9, Moral, 46.

na, cuanto priva al hombre de mayor bien, y pues Dios es el mayor bien de los bienes, así carecer de él será el mayor mal de los males, cual de verdad es éste.

Éstas son las penas que generalmente competen a todos los condenados. Mas allende estas penas generales, hay otras particulares que allí padecerá cada uno conforme a la calidad de su delito. Porque una será allí la pena del soberbio, y otra la del envidioso, y otra la del avariento, y otra la del lujurioso, y así los demás. Allí se tasará el dolor conforme al deleite recibido, y la confusión conforme a la presunción y soberbia, y la desnudez conforme a la demasía y abundancia, y el hambre y sed conforme al regalo y la hartura pasada

A todas estas penas sucede la *eternidad del padecer*, que es como el sello y la llave de todas ellas, porque todo esto aún sería tolerable si fuese fínito, porque ninguna cosa es grande si tiene fin. Mas pena que no tiene fin, ni alivio, ni declinación, ni disminución, ni hay esperanza que se acabará jamás, ni la pena, ni el que la da, ni el que la padece, sino que es como un destierro preciso y como un sambenito irremisible, que nunca jamás se quita; esto es cosa para sacar de juicio a quien atentamente lo considera.

Ésta es, pues, la mayor de las penas que en aquel malaventurado lugar se padecen; porque si estas penas hubieran de durar por algún tiempo limitado, aunque fuera mil años, o cien mil años, o, como dice un Doctor, *si esperasen que se habían de acabar en agotándose toda el agua del mar Océano, sacando cada mil años una sola gota del mar, aun esto les sería algún linaje de consuelo*. Mas esto no es así, sino que sus penas compiten con la eternidad de Dios, y la duración de su miseria con la duración de su divina gloria; en cuanto Dios viviere, ellos moriran, y cuando Dios dejare de ser el que es, dejarán de ser ellos lo que son; pues en esta duración en esta eternidad querría yo, hermano mio, que hincases los ojos de la consideración, y que (como animal limpio) rumiases ahora este paso dentro de tí, pues clama en su Evangelio aquella eterna verdad diciendo: *El cielo y la tierra faltarán; más mis palabras no faltarán* ¹.

1. Mt., XXIV, 24, 25.

El sábado

Este día pensarás en la gloria de los bienaventurados, para que por aquí se mueva tu corazón al menosprecio del mundo y deseo de la compañía de ellos. Pues para entender algo de este bien puedes considerar estas cinco cosas, entre otras que hay en él, conviene a saber: la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la visión de Dios, la gloria de los cuerpos y, finalmente, el cumplimiento de todos los bienes que allí hay.

Primeramente, considera la excelencia del lugar, y señaladamente la grandeza del que es admirable, porque cuando el hombre lee en algunos graves autores que cualquiera de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra, y aunque hay algunas de ellas de tan notable grandeza, que son noventa veces mayores que toda ella; y con esto alza los ojos al cielo, y ve en él tanta muchedumbre de estrellas y tantos espacios vacíos, donde podrían caber otras tantas muchas más, ¿cómo no se espanta? ¿Cómo no queda atónito y fuera de sí considerando la inmensidad de aquel lugar, y mucho más la de aquel soberano Señor que lo creó?

Pues la hermosura de él no se puede explicar en palabras, porque si en este valle de lágrimas y lugar de destierro creó Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá creado en aquel lugar que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de Su Majestad, casa de sus escogidos y paraíso de todos los deleites?

Después de la excelencia del lugar considera la nobleza de los moradores de él, cuyo número, cuya santidad, cuyas riquezas y hermosura excede todo lo que se puede pensar. San Juan dice ¹ *que es tan grande la muchedumbre de los escogidos, que nadie basta para poder contarlos*. San Dionisio dice² *que es tan grande el número de los ángeles, que escede sin comparación al de todas cuantas cosas materiales que hay en la tierra*. Santo Tomás, conformándose con este parecer, dice³ : Que así como la

1. Apoc., V, 7.

2. Lib. Coelest. Hierarch., 9.

3. 1a. Pet. y 58, art. 3.

grandeza de los cielos excede a la tierra sin proporción, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede a la de todas las cosas materiales que hay en este mundo con esta misma ventaja. Pues ¿qué cosa puede ser más admirable? Por cierto, cosa es ésta que, si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos a todos los hombres. Y si cada uno de aquellos bienaventurados espíritus (aunque sea el menor de ellos) es más hermoso de ver que todo este mundo visible, ¿qué será ver tanto número de espíritus tan hermosos y ver las perfecciones y oficios de cada uno de ellos? Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados y alégranse las potestades, enseñorean las dominaciones, resplandecen las virtudes, relampaguean los tronos, lucen los querubines y arden los serafines, y arden los serafines, y todos cantan alabanzas a Dios. Pues si la compañía y comunicación de los buenos es tan dulce y amigable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar con los apóstoles, conversar con los profetas, comunicar con los mártires y con todos los escogidos?

Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de Aquel a quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo merecimiento se arrodillan los ángeles y todos aquellos espíritus soberanos? ¿Qué será ver aquel bien universal en quien están todos los bienes, y aquel mundo mayor en quien están todos los mundos, y Aquel que siendo Uno es todas las cosas, y siendo simplicísimo, abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fue oír y ver al rey Salomón, que decía la reina de Saba¹ : *Bienaventurados los que asisten delante de ti y gozan de tu sabiduría*, ¿qué será ver aquel sumo Salomón, aquella eterna sabiduría, aquella infinita grandeza, aquella inestimable hermosura, aquella inmensa bondad, y gozar de ella para siempre? Ésta es la gloria esencial de los santos, éste el último fin y puerto de todos nuestros deseos.

Considera, después de esto, la gloria de los cuerpos, los cuales gozarán de aquellos cuatro singulares dotes, que son *sutileza*,

1. Reg., X, 8.

ligereza, impasibilidad y claridad, la cual será tan grande, que cada uno de ellos resplandecerá como el sol en el reino de su Padre. Pues si no más de un sol, que está en medio del cielo, basta para dar luz y alegría a todo este mundo, ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandecerán? Pues ¿qué diré de todos los otros bienes que allí hay? Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupción, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbación, seguridad sin temor, conocimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza y honra sin contradicción. Allí será --Dice San Agustín!-- verdadera la gloria, donde ninguno será alabado por error ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual ni se negará al digno, ni se concederá al indigno. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado. El premio de la virtud será el mismo que dio la virtud y se prometió por galardón de ella, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio. Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandeciente y seguro, la compañía muy buena y agradable, el tiempo de una manera: no hay distinto en tarde y mañana, sino continuado con una simple aternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Santo siempre florece. Allí todos se alegran, todos cantan y alaban a Aquel sumo dador de todo, por cuya largueza viven y reinan para siempre. ¡Oh Ciudad Celestian, morada segura, tierra donde se halla todo lo que deleita! ¡Pueblo sin murmuración vecinos quietos y hombres sin ninguna necesidad! ¡Oh si se acabase ya esta contienda! ¡Oh si se concluyesen los días de mi destierro!, ¿cuándo llegará ese día? ¿Cuándo vendré y pareceré ante la cara de mi Dios?

El domingo

Este día pensarás en los beneficios divinos, para dar gracias al Señor por ellos y encenderteás en el amor de quien tanto bien te hizo. Y aunque estos beneficios sean innumerables, más puedes tú, a lo menos, considerar estos cinco más principales, conviene

1. *De Civit. Dei*, lib. 22, cap. 30.

saber: de la Creación, Conservación, Redención, Vocación, con los otros beneficios particulares y ocultos.

Y primeramente, cuanto al beneficio de la creación, considera con mucha atención lo que eras antes que fueses criado, y lo que Dios hizo contigo, y te dio, ante todo merecimiento, conviene a saber: ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa tan excelente ánima, con aquellas tres tan notables potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad. Y mira bien que darte esta tal ánima fue darte todas las cosas, pues ninguna perfección hay en alguna criatura que el hombre no la tenga en su manera, por donde parece que darnos esta pieza sola fue darnos de una vez todas las cosas juntas.

Cuanto al beneficio de la conservación, mira cuán colgado está todo tu ser de la Providencia divina; cómo no vivirías un punto, ni darías un paso, si no fuese por Él; cómo todas las cosas del mundo crió para tu servicio: la mar, la tierra, las aves, los peces, los animales, las plantas, hasta los mismos ángeles del cielo. Considera con esto la salud que te da, las fuerzas, la vida, el mantenimiento, con todos los otros socorros temporales. Y, sobre todo esto, pondera mucho las miserias y desastres en que cada día ves caer los otros hombres, en los cuales pudieras tú también haber caído si Dios, por su piedad, no te hubiera preservado.

Cuanto al beneficio de la redención, puedes considerar dos cosas: la primera, cuántos y cuán grandes hayan sido los bienes que nos dio mediante el beneficio de la redención; y la segunda, cuántos y cuán grandes hayan sido los males que padeció en su cuerpo y ánima santísima, para ganarnos estos bienes; y para sentir más lo que debes a este Señor por lo que por ti padeció, puedes considerar estas cuatro principales circunstancias en el misterio de su Sagrada Pasión, conviene a saber: *quién padece, qué es lo que padece, por quién padece y por qué causa lo padece*. ¿quién padece? Dios. ¿Qué padece? Los mayores tormentos y deshonras que jamás se padecieron. ¿Por quién padece? Por criaturas infernales y abominables, y semejantes a los mismos demonios en sus obras, ¿Por qué causa padece? No por su provecho ni por nuestro merecimiento, sino por las entrañas de su infinita caridad y misericordia.